

MARCELO BÁEZ MEZA,
Babelia Express,

Guayaquil, Casa de la Cultura
Ecuatoriana, Núcleo del Guayas,
2014, 146 p.

*Somos un verso escrito desde
afuera y que suena mejor en italiano*

MBM

¿Cómo viaja la poesía en el siglo XXI? ¿Qué lengua habla el poema cuando está en el extranjero? ¿Cómo mira y qué mira un viajero ecuatorial que toma un avión para ir a conocer sus raíces en Italia?

Babelia Express de Marcelo Báez Meza (Guayaquil, 1969) interrumpe la larga tradición existente sobre el viaje, conformada por relatos, crónicas, diarios, memorias y cartas, y muestra de qué manera la poesía registra los climas culturales, lingüísticos, políticos del viaje global y los modos cómo el afuera, el estar fuera de la lengua poética, afecta su forma de enunciarse y de sonar.

El viaje como una interrupción del idioma ecuatorial que, al cruzar el Atlántico, pierde el control, se contagia, se contamina, se desterritorializa y se vuelve un pandemónium (“tsunami de lenguajes”) es el primer aspecto que llama la atención de este libro. En *Babelia Express* se trata de poner fuera de quicio la lengua, de llevarla al límite para poner en escena su propia potencia de variación y diferenciación a causa del viaje y de los medios digitales, abierta al devenir políglota y caníbal, pero también a “destrozarse”, a destronar el sentido y el sentir, e imponer la información y la

instantaneidad como sus únicos modos de existencia.

El lenguaje poético se vuelve otro modo de lo *express* que domina la vida contemporánea; ese tiempo de la urgencia y la rapidez que convierte en velocidad e inmediatez todo lo que toca y nombra. La lengua del poema se vuelve atlética, elástica, versátil, multicultural, delirante; una lengua entre-lenguas que trafica palabras, que presta palabras, que va y viene, que se desplaza y repite el libreto del turismo y la cultura global y de este modo, se transforma en una máquina de encuentros inesperados donde cosas y objetos de la historia cultural se acercan a través de la lengua que los nombra. La poesía se vuelve un ready-made, un encuentro con una multiplicidad de objetos para mostrar otros modos de usarlos y significarlos:

Achtung!
Say Hallelujah come on get happy
Allez, allez...
Vilkommen!
Benvenuti!
Welcome aboard!
Venite a respirare con noi!
Il treno es so raudo
Stanno tutti bene
Tutti frutti
Cheers for fears
Mon Dieu
Este es el expreso de Babelia
Yo soy el conductor de este tren largo
como una serpiente marina
I sono from L' ombelico del mondo
lo penso positivo
Ready to go
Ready Made

(“Babelia Express”)

El poeta es el conductor de un tren babélico que transporta fragmentos de

Duchamp, Jovannotti, Dante, Michelangelo, Leonardo, Pavese, Calvino, Malle, Ungaretti, Seferis, *Cinema Paradiso*, el “amaretto”, el jazz, Cinecittà, Fellini, los paisajes de Toscana. Ruinas de la cultura que arman un extenso collage, un montaje de citas donde las fuentes han perdido relevancia y donde los límites entre una voz y otra se vuelven indistinguibles. Esta locomotora de la cultura balbucea breves recuerdos que suenan a la vez y producen una sonoridad estridente, una textura acústica incontrolable que la poesía despliega a través de su dictado que es, también, un viaje por la memoria cultural del hablante poético.

Un segundo aspecto que llama la atención de *Babelia Express* es su capacidad de poner al desnudo la parte más intratable del viaje, aquella que lo vuelve un conjunto de requisitos necesarios para su realización. El viaje se convierte en un instructivo que hay que cumplir al pie de la letra, porque saltarse un paso de la enumeración tiene consecuencias incalculables. Aeropuerto-pasaporte-aerolínea-tiquete de avión-visa Shengen-seguro de viaje-“abrónchense los cinturones de seguridad”-tiempo de destino-salidas de emergencia-fila de migración-jet lag-usos horarios-hora local-temperatura-itinerarios: este conjunto de palabras indica que el viaje contemporáneo es normativo; sujeta al pasajero, lo encadena a una serie de condiciones que no le permiten hacer lo que desea sino que lo obligan a estar “en fila”, bajo el control de alguna “consulesa honoraria” que condena a muerte al pasajero, o de algún guardia o “guardiana” que prohíbe sacar fotos en los museos:

Troppo é vero
Ausculto el cuadro tantas veces contemplado en libros
No se parece en nada más
que en la mentirosa sensación de ya conocerlo
No se puede tomar fotos, dice la guardiana
Perché, le pregunto
Y me dice que el flash daña la tela
Lo único que puede dañar la tela, le respondo,
es este calor del corazón del Tártaro
¿Por qué no encienden el aire acondicionado?
Malditos museos que uno ama en los libros
pero que una vez visitados son un templo de quincalleros
("Galería de los Oficios")

El turismo global como un atentado al arte y a la libertad de mirar; de tardarse en mirar porque la ley establece que hay que *guardare* de modo *express*; el turismo como un virus implacable que invade la “Bella Italia”, Venecia, Roma, Firenze haciéndolas desaparecer, borrándolas y borrándoles sus habitantes, su alma, su ser; ciudades fuera de la guía turística que las estandariza y las convierte en un itinerario, en un tour que se observa a través de un clic.

Hay un protocolo para cada paso del camino y el peregrino es un saboteado que solo busca la coincidencia entre lo visto en Google Earth, esa mimesis exacta de cuan “mentiroso” es el lenguaje digital, y aquello *otro* que se abre ante sus ojos con la potencia que tienen las cosas que se pueden ver con el ojo desnudo aunque haya un cartel que diga “prohibido tocar”.

El viaje a Italia es la constatación de que algo de las ciudades muere a

causa del turismo y que el poeta tiene otro ritmo, otro paso, cercano a la demora que exige la belleza:

Hay que andar despacio en la nueva
urbe-orbe
Es preciso refundarla con los pasos
más cautos
No ir con prosa de prisa como lo hacen
los turistas
Hay que aventurarse a ser el viajante
más lento
Y recibir las dádivas que nos da la jornada

(“Clon el bar Urbe orbis”)

Báez Meza le dice no a “la prosa de prisa” del turista caníbal que despacha en un dos por tres lugares, cuadros, museos y que, de este modo, cumple con *todo lo que usted tiene que ver en Roma*, y muestra cómo la poesía se adentra por otras zonas del viaje: las que están fuera de cálculo/horario/instructivo, las que se pisan con el corazón desnudo y los pies descalzos, limpios de tanta información tóxica, de tanta “precisión tecnológica”, de tantos consejos para el usuario. Este es el tercer aspecto que quiero destacar del libro: su apuesta por el afecto como un modo de interrumpir la maquinaria del turismo que acumula ganancias y que convierte en mercancía todo lo que tiene alguna posibilidad de rendir y producir.

Babelia Express aconseja sobre cómo perderse, cómo hacer del extravío un hallazgo, una *occasione* poética para adentrarse en uno mismo, ir al encuentro de las raíces, el origen, la mujer amada.

Viajar a Italia es para el hablante poético un modo de trazar un puente, “una rama” entre el puerto de Génova

y Santiago de Guayaquil. Hacer que el poema crezca de lado, se expanda y cruce el Atlántico y se convierta en una raíz que une al viajero ecuatorial con Serafina Jervis de Meza (abuela materna del autor), transforma el viaje en un asunto de familia, en un desplazamiento que se hace para enfrentar la pregunta por la procedencia, la pertenencia y la herencia. Dentro del viaje, preso en el protocolo de la ley y del turismo, se abre un recorrido impredecible por el afecto que arma otro mapa de Italia. Un mapa sentimental y amoroso que da cabida a la existencia de la postal como otro modo de salutación del viajero, a contracorriente de los SMS y sus cientos cuarenta caracteres. El poema como una postal que tarda en llegar, como una forma de comunicación que habla una lengua lenta, que se demora y hace familia con las cosas que ve y guarda en la memoria. Un poema que “suena mejor en italiano”.

El viajero ecuatorial llega tarde, cuando todos se han ido y se adentra en las grandes ciudades (Roma, Florencia, Génova, Venecia, Pisa, Milán) para perderse “en los lugares más ignotos”, para buscar aquello que no se puede “anotar”, ese exceso de la experiencia que no se sabe cómo escribir y que a veces se relaciona con la mujer ausente, otras con el regreso, otras más con la contemplación de un paisaje, de un cuadro, de un recuerdo:

Tuve un amigo que el viaje más largo
de su vida
Lo realizó con un videograma bajo el
brazo
Yo apenas llevo un grano de arena
De la aldea en la que vivo
Nada más requiero para medir el mundo

El sonido del río que fluye paciente en
forma de estuario
Las palmas que acarician el viento
La familia en la misma mesa que espe-
ra mi retorno

(“El aldeano”)

El poeta que viaja se despoja de la impostura que el turismo le exige a cada *ciudadano del mundo*. Renuncia a la guía y al cálculo y viaja con la disposición de querer escribirse, de disponerse a registrar aquello que del viaje no se sabe todavía para que el poema sea un lugar de encuentro con las cosas del mundo, un accidente, una moneda fuera de toda economía y que hable de las cosas comunes de los hombres, de los turistas y los presos, de los funcionarios y los migrantes del amor.

Báez Meza conduce desatado este expreso babélico que despilfarra idiomas, culturas, ciudades, escritores, museos, hoteles. Con humor y melancolía sigue viajando cual Odiseo en búsqueda de su Ítaca. Sabe que pronto se va a detener, va a bajarse del tren y va a mirar esa extenuada serpiente que es un viaje cuando termina. Va a salvar alguna estampilla y algún objeto de la ruina del olvido y va a construir “un altar en honor de este periplo”, y “poemas (...) como si no hubiera mañana”. Porque en la poesía el tiempo dura más.

GINA SARACENI

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
CARACAS, 6 DE JUNIO DE 2014

CRISTÓBAL ZAPATA,
El habla del cuerpo,
Sevilla, Renacimiento, 2015, 144 p.

En el origen de la poesía erótica occidental hay una siesta de Ovidio: en la elegía quinta del Libro I de *Los amores* tiene lugar, al fin, el encuentro de los amantes, que las cuatro primeras elegías venían preparando: “Era el estío; el día brillaba en la mitad de su carrera, y me tendí en el lecho buscando reposar de mis fatigas”. La escena está preparada.

De pronto llega Corina con la túnica suelta, cubriendo con sus cabellos por ambos lados la marmórea garganta [...]. Le quité la túnica, cuya transparencia apenas ocultaba ninguno de sus encantos; pero ella pugnó por conservarla, aunque con la flojedad de la que no ansía la victoria y se aviene de buen grado a caer vencida...

Entonces viene lo que dos mil años más tarde denominamos, en nuestra cultura marcada por el cine, *fundido a negro*; dice el poeta: “¿Quién no advina lo demás? Por fin, agotados, nos entregamos los dos al descanso. ¡Ay!, ojalá consiga saborear muchas mediodías semejantes”. Final del poema; “lo demás” que debe ser adivinado es, obviamente, el acto sexual. En esa elisión, la subjetividad del lector tiene carta blanca para apropiarse de la escena y hacerla suya. Después de todo, qué lector adulto no ha tenido, alguna vez, su siesta ardiente; y quién que la haya tenido no sueña con “saborear muchas mediodías semejantes”. Por otra parte, la elegía V replica y remunera a la III, en la que se había narrado el insomnio